

**A SANTIAGO MARTÍNEZ CAÑEDO. In Memoriam.
Nostromo de la UIM**

Cuando la UIM me pidió que glosase en este acto la figura de Santi, le dije que no podría hacerlo. En primer lugar, porque su *currículum* es muy amplio, imposible de resumir, lo que me obligaría a estar expuesto durante mucho tiempo a algo para lo que aún no me creo preparado, para hablar en público de mi hermano mayor Santiago Martínez Cañedo. Por eso les puse una condición que creía que no iban a aceptar: la de hacer algo muy breve, a paso ligero, como el que camina sobre ascuas con los pies descalzos, para no quemarme del todo. Aceptaron y aquí estoy, como una demostración más, absolutamente innecesaria, superflua, de la incoherencia humana –al menos de la mía– y de un exceso de confianza que espero que no me traicione.

La segunda razón para no hacer su glosa es la de que a él, a Santi, no le habría gustado, porque es algo que se suele hacer con los que han desaparecido y él no lo ha hecho. No lo ha hecho ni para su familia ni para sus muchos amigos.

Yo, concretamente, lo encuentro varias veces al día, en las muchas piruetas de la política asturiana que merecerían el sarcasmo de un hombre de izquierdas, comprometido, como era él. Lo encuentro, por comparación, cada vez que me cruzo con un personaje de esos tan abundantes como superficiales..., de esos que navegan sin dejar estela, en contra de lo que él hizo toda su vida. Lo encuentro cada vez que enciendo un puro, lo que, a pesar de las ministras que últimamente se preocupan tanto de nuestra salud, sigo practicando cada día. Lo encuentro cada vez que abro mi teléfono móvil, de cuya agenda no lo he borrado –como no he borrado a mi padre– o releo un mensaje suyo del 6 de marzo de 2009, escrito al salir de su primera sesión de quimioterapia –*Ni frío, ni nada, de momento. Un abrazo. Santi.*– más preocupado de tranquilizar a sus amigos que de sí mismo. Lo encuentro, en fin, cada vez que necesito remansarme

en una tarde aturdida y me chuto, directamente en vena, un par de cubalibres de ron (aunque últimamente he empezado a traicionarle con los gintonics –una consecuencia más de la edad– que sé que él me perdona).

Quizá por todo esto soy el menos indicado para glosar la figura de Santiago, porque me niego a pasar esa página, porque no me resigno a dejarle descansar en paz, a asumir que ha cumplido, con creces, su ciclo vital, dejando para tanta gente un recuerdo imborrable hasta el Alzheimer.

No quiero glosarle porque no le perdono que se haya convertido en la confirmación más clara de que el síntoma revelador del envejecimiento de uno no es la aparición de las arrugas o las canas o la proliferación de las pequeñas traiciones del organismo sino la muerte de tus amigos. Como biólogo, además, no le perdono que sea la evidencia más palmaria de que la selección natural ha dejado de operar sobre la especie humana y permite que desaparezcan prematuramente los mejor dotados, los más fuertes.

Y ya que no voy a glosarle quiero agradecerlos a todos vosotros, miembros y colaboradores de la Universidad Itinerante de la Mar, este nombramiento como *Nostramo* de la UIM. Esto sí le habría gustado a Santiago, en cualquiera de las acepciones que se atribuyen al término: la de *nostramo*, “nuestro amo”, de resonancias conradianas, o la de raíces italianas *nostro uomo*, “nuestro hombre”.

En cualquier caso, el de contramaestre, azote y defensa de la marinería, no es un concepto literario, blando y romántico, sino todo lo contrario; contiene toda la dureza que la mar ha exigido desde siempre a los hombres, la firmeza con la que, a bordo de los barcos clásicos, la figura del *nostramo* debía gobernar a la “vil canalla de proa”, una categoría sin la que la historia de la navegación –y, por tanto, la de la Humanidad– no sería más que una anécdota y en la que algunos tratamos de militar desde que la mar nos inoculó la primera dosis de salitre en la sangre a bordo de un pesquero, un mercante o un barco de vela.

Con este nombramiento, la UIM ha hecho la mejor glosa de Santiago: el perfecto contramaestre, un hombre completo, cabal, valiente –en la vida y cuando tuvo que enfrentarse a la enfermedad y a la muerte–, entusiasta, con un entusiasmo contagioso, riguroso, alegre, honrado, orgulloso de sí mismo y de los suyos, orgulloso de ser marino, de ser asturiano y de ser de Grado.

Aunque parezca raro en estos días en los que leer la prensa es comparable a sumergirse hasta las cejas en una ciénaga, el domingo reencontraba una perla de la poetisa británica Christina Rossetti y que alguien ha descrito como el más conmovedor epitafio que se haya escrito nunca:

*“Más quiero que me olvides y sonrías
que no que me recuerdes y estés triste”.*

Estoy seguro de que Santiago lo suscribiría para todos los suyos, para Pepa, para sus hijos Santi y José, para toda su familia y sus amigos.

En nombre de todos ellos, arrogándome –una vez más– una representación que no me corresponde, agradezco a la UIM, a todos vosotros, esta oportunidad, esta excusa para marcar la fecha de hoy en el calendario y empezar a recordarle sin que su recuerdo nos entristezca y a sonreír sin olvidarle.

Muchas gracias.

*Alberto Vizcaino
Centro de Servicios Universitarios
Avilés, 23 de marzo de 2011*